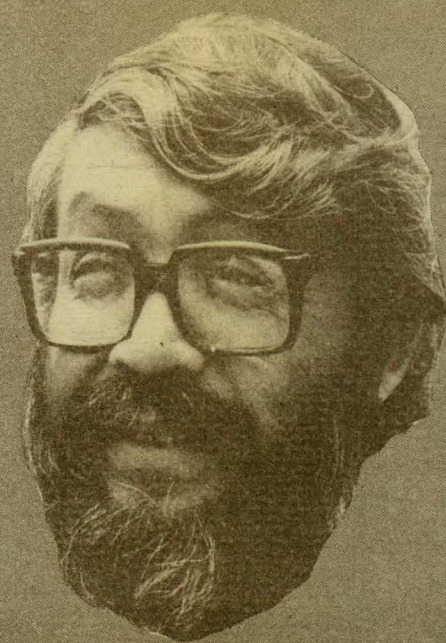


No nos Equivoquemos

LA OPOSICION SE ORGANIZA CON FIRMEZA

3-Agosto-1988



POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

En el filo de la navaja, después de la decisión cívica de transformar el país por la vía del voto, no debemos equivocarnos, ni en el diagnóstico de la actuación ciudadana que produjo los trastornos al sistema que poco a poco van configurándose, ni en la actitud que desde el poder y frente a él es preciso y pertinente adoptar.

En el PRI y en el gobierno se esparce una riesgosa manera de ver las cosas, nacida principalmente del despecho. Al modo en que los amantes desairados atribuyen a defectos en la desdeniosa el desdén, los votos en contra del PRI, o en favor de otras corrientes —que de ambas cualidades hubo— son ya calificados como “el sufragio del odio”, o del rencor. Aun si así hubiera sido, el examen de la situación tendría que llevar a estudiar las causas de tales sentimientos, y no limitarse a registrar su existencia y su eficacia política. Atribuir a malas pasiones, simplemente, la movilización de los ciudadanos el día de la elección y en las jornadas posteriores no sólo es un engaño de la razón, sino que conduce a remedios que no lo son en realidad.

Si el PRI y el gobierno no aciertan a determinar qué resortes movieron a la población a gritar su inequívoco ¡basta ya!, entonces no habrá reformas de fondo ni en el partido gubernamental ni en la administración pública. Pero eso no es lo peor. Si cunde esta interpretación de los hechos, entonces la tentación de corregir por la mala, castigando a quienes desviaron sus pasos, puede crecer y convertirse en la motivación más inmediata del hacer público oficial. Es evidente que los más directamente perdidos, especialmente los dirigentes obreros que recibieron portazos en la nariz en su intento de entrar en las Cámaras, no se quedarán tranquilos, asimilando su derrota como un revés normal en una democracia. Desde siempre han torcido la realidad de las cosas y perciben el poder como un privilegio, como un patrimonio del que ahora se sienten injustamente despojados. Su reacción, así como la de otros sectores lastimados —incluidos los sacadólares, que al mínimo soplo del aire político creen estar dentro del huracán— pueden entorpecer de manera determinante las acciones que el sector modernizante y el democrático —que no son lo mismo, necesariamente— dentro del PRI y el gobierno se propongan acaso para evitar el mayor deterioro de los instrumentos electorales gubernamentales, pues precisamente a la **blandura** de las reformas electorales sucesivas atribuyen, los más tradicionalistas y duros en el régimen, el crecimiento de la oposición, en otro rasgo erróneo de su diagnóstico.

Del otro lado de la barrera pueden equivocarse quienes crean que el sistema quedó herido de muerte y que sólo es preciso darle un empujón, no necesariamente con las armas legales en la mano, a fin de acelerar su caída. Claro que el país es, y lo será más, distinto a contar del seis de julio. Pero las transformaciones sociales no se realizan de manera lineal, y ni siquiera de sopetón como pareciera sugerirlo el hecho de que remitamos a esa fecha el origen del nuevo país que somos. Lo que aconteció entonces venía incubándose de mucho tiempo atrás, y demorará en configurar su verdadero perfil. Es temprano para extender el certificado de defunción del PRI y aun del mecanismo de dominación que le ha permitido ser el partido invencible durante varias décadas. Ya en 1940 y en 1952, los espejismos electorales condujeron a vastos segmentos de la oposición a suponer que los días del gobierno priísta o perremista estaban contados, y los acontecimientos posteriores probaron sin lugar a dudas que no era así. Más recientemente, el PRI ha dado muestras de su capacidad de regeneración (dicho sea en el sentido biológico, y no en su acepción moral).

En Chihuahua, por ejemplo, padeció una desastrosa jornada electoral en 1983, en que perdió las alcaldías de las ciudades más importantes y pobladas de la entidad. Pero tres años después recuperó las presidencias municipales que habían quedado en manos de la oposición y no sólo mantuvo la gubernatura sino que el candidato panista Francisco Barrio, hasta ese momento enfilado a aparecer como el gran caudillo que la derecha reclamaba, agrisó su figura al grado de que ni siquiera actuó como candidato a senador, como era previsible y hubiera podido dar a Acción Nacional un ingreso casi seguro a la Cámara llamada alta. También en Sonora, en Nuevo León y en Sinaloa se rehizo el gobierno de las derrotas que le infligió el PAN, al punto de que en la tierra adoptiva del candidato presidencial Salinas la votación panista decreció en beneficio del partido gubernamental. Puede alegarse, para explicar esta recuperación que el gobierno dispuso de cuantiosos medios públicos para revertir el éxito de la oposición, y no se ejerció escrúpulo alguno en los mecanismos electorales destinados a tener más votos en las urnas o en los cómputos. Y estaremos de acuerdo con esa afirmación, tanto que precisamente ese argumento está en el centro del nuestro. La sorpresa de 1983 condujo a pérdidas priístas; pero atento a ellas no vaciló en echar mano de cualquier recurso que le permitiera convertirlas en victorias. Es probable que eso intente hacer ahora, de manera que situaciones particulares —como la de Michoacán, por ejemplo, donde un gobierno local enfermo de soberbia ensombreció el diagnóstico de lo que estaba realmente ocurriendo— sean corregidas y se revierta la sensación generalizada de hartazgo y deseo de cambio, de madurez cívica en suma, a través de medidas cosméticas de renovación.

El único modo de que la oposición resista esas tentativas, siempre en el supuesto de que sean nacidas sólo de la intención de mantener el poder, y no de una reforma auténtica desde dentro, es fomentando la organización cívica y política. La gran irresponsabilidad histórica en que incurrieron Vasconcelos, Almazán y Henríquez Guzmán después de la amplia movilización social que pudieron suscitar —el caso de Padilla es distinto, pues no llegó a penetrar en sectores anchos de la sociedad— consistió en haberse retirado una vez concluida la lucha electoral, porque el poder les interesaba como una conquista personal.

Cuauhtémoc Cárdenas consiguió, en sólo unos meses, concitar la voluntad de miles de mexicanos en favor suyo. Sus características personales, sus propias declaraciones, conducen a saber que no procederá como quienes lo antecedieron en el propósito de romper el poderío del partido gubernamental viniendo desde dentro. Por consecuencia, cualquiera que sea el resultado final del proceso electoral —pues no debe olvidarse que éste concluye sólo cuando el Colegio respectivo determine la validez de las elecciones o su contrario, y declara a alguien Presidente Electo— Cárdenas requerirá construir un partido, o una coalición de ellos, ya sea para sostenerlo en el gobierno, ya sea para emprender la difícil, penosa y paciente lucha de comenzar de nuevo, pero no desaprovechar los fermentos surgidos en la campaña electoral de 1988.

Sólo con organización es posible que las ganas cívicas de los mexicanos no se queden en simiente de la frustración. Así como el pobre que compra billetes de la lotería se equivoca al imaginar que un golpe de suerte le resolverá la vida, los ciudadanos que votaron por Cárdenas errarían si esperan de una mágica jornada electoral y su secuela la apertura del cielo democrático. Será preciso derruir, con organización y nuevos votos, las barricadas que obstruyen la entrada.